



El agujón

Sílvia Soler



DESTINO

# El agujón

Sílvia  
Soler

Traducción de  
Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1457

Título original en catalán: *El fibló*

© Sílvia Soler, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
www.edestino.es  
www.planetadelibros.com

© Columna Edicions Llibres i Comunicació, S.A.U., 2019

© De la traducción del catalán, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2019

De las citas del interior : *La città e la casa*, de Natalia Ginzburg (Einaudi Editore, 1984); *El último encuentro*, de Sándor Márai (Salamandra, 2007, traducción de Judit Xantus Szarvas); *To the lighthouse*, de Virginia Woolf (1927); *Bliss*, Katherine Mansfield (*English Review*, 1918); *Anna Karénina*, Lev N. Tolstói (Alba Editorial, 2012, trad. Víctor Gallego); *Las penas del joven Werther*, Goethe (Alba Editorial, 2011, trad. Isabel Hernández); *Romeo y Julieta*, William Shakespeare (Austral, 2015, trad. Ángel-Luis Pujante).

Primera edición: febrero de 2019

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull.

 **institut  
ramon llull**  
**Lengua y cultura catalanas**

ISBN: 978-84-233-5507-5  
Depósito legal: B. 1.538-2019  
Impreso por Black Print  
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Capítulo I

Mi madre murió por culpa de un pinchazo y, como a mí me gustaba tanto el cuento de *La Bella Durmiente*, siempre pensé que se despertaría en algún momento.

El dolor que sentí el día de su muerte no fue nada; nada en comparación con la tristeza infinita que me embargó más tarde, días y semanas después, cuando tuve que reconocer que aquello —su ausencia— era para siempre.

Con los años he llegado a comprender que ahí reside el centro exacto de la pena, la espina que siempre llevaremos clavada en el corazón: saber que la muerte es definitiva, afrontar este inmenso nunca más que se nos presenta y que escapa a nuestro entendimiento.

Estamos a primeros de octubre y todavía aprieta el calor. Deben de ser las siete de la tarde. Estoy en mi habitación haciendo los deberes y Judit está jugando a mi lado, en la alfombra, con unos bloques de colores. Los pone unos encima de otros y construye una

torre. Cuando consigue que sea muy alta se emociona, bate palmas y da grititos: «¡Mira, Laura, mira!». Inevitablemente, hace un movimiento brusco a causa de la emoción y la torre se derrumba con gran estrépito. Me enfado: «¡Así no puedo hacer los deberes! Voy a decírselo a mamá». Me mira con cara de corde rito y sonrío: «Ahora no se caerá, ya verás», y vuelve a montar la construcción.

Ahora oigo unos golpes en la pared, vienen de la habitación de al lado, marcan un ritmo sincopado. Pum, pum, pum. Es Ignasi con la pelota. Se lo he visto hacer muchas veces: la lanza contra la pared, la coge y la vuelve a tirar.

—¡Ignasiiii!!!!

—¿Qué?

—¡Haz el favor de parar!

Pum, pum, pum, los golpes en la pared, la voz aflautada de Ignasi contando: quince, dieciséis, diecisiete...

Me levanto de repente y la silla se cae al suelo. Judit se asusta y me mira; para tranquilizarla, le pongo la mano un momento en la cabeza, poblada de rizos. Noto el tacto suave de su pelo, la acaricio un poco.

—No es nada —le digo, mientras pongo la silla de pie—. Ahora vuelvo.

Voy a la habitación de al lado, me planto en el medio, entre Ignasi y la pared, y atrapo la pelota al vuelo. Me mira con furia e impotencia. No soporta que pretenda ejercer de hermana mayor, no soporta no poder recurrir a la fuerza porque mamá lo castigaría. No me soporta.

Doy media vuelta con la pelota bien sujeta y una sonrisa victoriosa en los labios y salgo al pasillo. Pero de pronto, sin saber cómo ni por qué, me encuentro tirada en el suelo con la cara a dos centímetros del parqué. Mi hermano me ha agarrado por detrás y me ha hecho caer. Le oigo reírse detrás de mí. La humillación es total.

Me incorporo y me froto las rodillas. Seguro que me saldrán cardenales. Noto que la coleta se me ha deshecho un poco, me quito la goma y me la vuelvo a poner. Cuando me doy media vuelta, Ignasi ya no está y a continuación oigo pum, pum, pum y su voz: «Uno, dos, tres, cuatro, cinco...».

Me arden las mejillas; voy a mi habitación, cojo a Judit de la mano —mi madre siempre me dice que no la deje sola nunca en el piso de arriba, teme que pueda caerse por la escalera— y le digo: «Ven, vamos a decirle una cosa a mamá».

Bajamos un poco más deprisa de lo prudencial. Tiro a mi hermana del brazo y ella se queja: «¡Me haces daño!». Cruzamos el salón y abro la puerta que da al jardín con mucho impulso. Grito: «¡Mamá!», sin saber que es la última vez que lo hago.

Pasamos al lado de la mesa de hierro, Judit alarga el brazo libre y va tocando las matas de espliego. Lo hace porque se lo ha visto hacer a mamá miles de veces. Después se lleva la mano a la nariz y la huele, igual que ella.

Me parece ver a mamá detrás del limonero. Es un árbol bajito y rechoncho que ahora mismo está cuajado de frutos amarillos. Me la imagino arrodillada,

con las manos hundidas en la tierra, como la he visto tantas veces.

Llegamos. El impacto es brutal, porque mamá no está arrodillada, sino tumbada, caída de lado, con la cabeza en una postura rara, hacia atrás, y las piernas torcidas. Suelto a Judit y me acerco gritando. Veo un charquito de vómito junto a su cabeza. Le cuesta mucho respirar. Grito más y más. Judit llora y chilla. Ignasi se asoma a la ventana muy asustado. Le digo que llame al médico, que pida una ambulancia, que avise a los vecinos.

—¡Llamo a papá! —dice él.

Intento levantar a mi madre del suelo y veo que tiene la cara y el cuello hinchados. Y las manos. No puedo sostenerla porque es un peso muerto y no tengo fuerza suficiente. Inmediatamente aparece Ignasi a mi lado, pálido, despavorido.

—Ahora vienen —dice con un hilo de voz.

Pero pasan unos minutos eternos, definitivos.

Veo entrar a los vecinos de al lado en el jardín, por la puerta que da a la plaza. Él viene corriendo, resoplando, y ella, que está muy gorda, lo sigue como puede, sin dejar de decir: «¡Madremiadelamorhermoso, madre miadelamorhermoso!».

El hombre me dice que me lleve a Judit de allí. Se me había olvidado mi hermana por completo. Ya no llora. Se ha sentado en el suelo y se tapa los ojos con las manos. La levanto, me la llevo a casa y, cuando entramos, oigo la voz de mi padre gritando: «¡Helena! ¡Helena!», el grito más dramático que he oído en mi vida.

Me tiemblan las piernas y me siento en el sofá con Judit en el regazo. Oigo la sirena de la ambulancia. Los segundos se arrastran como caracoles gigantes, dejando un rastro de baba. Ahora entra la vecina enjugándose el sudor de la frente con un pañuelo. Se sirve un vaso de agua y se lo bebe de un trago. Después se acerca a nosotras y, con una voz muy dulce, tan dulce que da miedo, dice:

—Niñas, a vuestra madre le ha picado una abeja y se ha puesto muy malita. Ahora se la llevan al hospital, a ver si la curan.

—¿Le han sacado el aguijón?

—Sí, supongo que sí... ¡Hala, id a hacer pis, que no quiero que se os quede el susto en el cuerpo!

Sentada en la taza del váter, me imagino el miedo como un líquido espeso de color oscuro que se escapa por el agujero mezclado con la orina. Y de pronto me acuerdo del cuento de *La Bella Durmiente*. Sonrío. Luego voy a buscar a la vecina, que está en el sofá con Judit en el regazo. Se seca las lágrimas de la cara para que no vea que está llorando. Me acerco y le pongo la mano en el brazo con gesto tranquilizador.

—No llore. Le pasará lo mismo que a la Bella Durmiente, que también se pinchó. Se despertará enseguida.

Me hace una caricia sonriendo con muchísima tristeza.

—Mira, te presento a mi hermana.

Núria, la vecina de enfrente, nos había invitado a



cenar porque cumplía cuarenta y cinco años. Era una noche de principios de junio. Ya hacía bastante calor.

Antes de salir de casa, cuando ya me había vestido y perfumado, Tomàs se acercó a olerme y, entre besos en el cuello y golpecitos pelvianos, terminamos en la cama. Esto se lo dedico a todos los sabios y sabias que afirman que, cuando se engaña a la pareja, es que algo fallaba antes. En la mía concretamente no fallaba nada. Es decir, nada importante, teniendo en cuenta los diecinueve años de convivencia. Nos llevábamos bien en general, las discusiones empezaban por tonterías y enseguida terminaban, y de vez en cuando nos dejábamos llevar por un calentón repentino, como aquella noche del cumpleaños de Núria.

Cuando llegamos —nos gustaba entretenernos en los ardores— ya estaba allí todo el mundo. Dos matrimonios amigos y la chica de la melena rubia, la hermana de la anfitriona, que nos saludó con una sonrisita cuando Núria dijo:

—Mira, te presento a mi hermana.

Aquella noche descubrí que la hermana de mi amiga se llamaba Isabel, que tenía seis años menos que ella, que había vivido una temporada en Ámsterdam, que tenía un hijo de dos años, que era diseñadora gráfica, que estaba en tratamiento por psoriasis y que tocaba el oboe. Me pareció una chica lista y menos agradable que Núria, un poco seca. Y recuerdo que pensé que, en toda la noche, solo se le habían iluminado los ojos cuando habló de su hijo.

También me di cuenta de que era una belleza. Imposible pasarlo por alto.

Sin embargo, no percibí ninguna señal, no tuve ninguna premonición, no intuí ni remotamente que aquella noche marcaba el inicio de algo. O, mejor dicho, el final de otra cosa. De mi vida, en concreto (tal como la entendía yo hasta entonces).

Da miedo pensarlo ahora: aquella noche me fui a dormir tan tranquila, a pesar de que mi marido me había contado como si tal cosa, mientras daba un par de puñetazos a la almohada para ablandarla, que la hermana de Núria le había parecido una chica estupenda. Dormí como un lirón.

La cuestión es que, aunque hubiera estado cruzando una selva amazónica, no me habría fijado en los nubarrones preñados de agua, ni habría oído los rugidos de sus tripas ni los truenos, ni me habrían llamado la atención los gruñidos de los animales ni los chillidos de los pájaros. Las ramas horizontales tejían por encima de mí un dosel que no dejaba pasar las primeras gotas, un tornalecho de confianza, ingenuidad y amor.

Cinco meses después me enteré de que Tomàs me dejaba para irse con ella, la chica estupenda, que se había enamorado y que los casi veinte años que le había dedicado yo no hacían suficiente contrapeso en la balanza: quería morirme. Tanto es así que ese era el único plan que tenía: dejarme morir lentamente. Creía que, si no me levantaba de la cama, no llegaría el día siguiente. Pero llegaba, y repleto de horas que llenar. Me sentaba en el sofá a darle vueltas a las co-

sas. Me obsesionaba repasando la noche en que la conocimos los dos. Recordaba la sonrisa resuelta y acogedora que le había dedicado, la atención con que la escuchaba cuando me contaba sus problemas de salud, la amabilidad con que le pedí que me enseñara una foto de su hijo, la despedida tan sincera, qué vergüenza: «Ha sido un placer conocerte, espero que volvamos a vernos»; me escocía el corazón.

Rememoraba enfermizamente cómo me había enamorado de él en la facultad. Lo mucho que me había deslumbrado desde las primeras clases. Su voz grave, sus conocimientos, las respuestas rápidas y sarcásticas. Me gustaba todo. Y entonces, un buen día, al final de la clase, mi admirado profesor, mi ídolo, me dijo que me quedara un momento para comentar un trabajo. Me cogió por el codo, me acercó a una ventana y me pidió —o quizá, mejor, me ordenó— que mirase a las nubes. Y cuando las estaba mirando se me acercó más, casi rozándome, y dijo en tono victorioso: «Me lo parecía».

Y en dos zancadas se separó de mí y empezó a recoger los papeles que tenía encima de la mesa. Yo todavía temblaba y no me atrevía a moverme del sitio en el que me había colocado. Con un hilo de voz le pregunté qué pasaba y él volvió a acercarse con una sonrisita y dijo: «Que tienes los ojos verdes. No estaba seguro, pero me lo parecía».

En los veinte años que pasamos juntos me pidió miles de veces que mirase a las nubes: «A ver, mira hacia arriba. Sí, siguen siendo verdes».

Aquella temporada, cuando el desastre, me mira-

ba al espejo un buen rato, a menudo con los ojos todavía llorosos. Y no, no eran verdes. Tomàs se había equivocado. Yo los veía de un color indefinible. Pero eso ya no tenía ninguna importancia. Tomàs ya no me miraba a los ojos y le daba igual que fueran de un color o de otro. A los ciegos también les da igual tener los ojos azules o negros. No ven. Eso es lo único que les importa. En aquella temporada me preguntaba cómo podía vivir una persona cuando pierde la vista y cómo podía vivir yo sin el amor de Tomàs.

Lo que estaba claro era que, aunque yo no pudiera vivir sin él, el mundo sí que podía vivir perfectamente sin mí. Pasaban los días y nadie me echaba de menos. Trabajaba sola en casa, así que no tenía compañeros ni jefes que me requirieran en mi puesto de trabajo. La editora se había acostumbrado a mi aislamiento y no solía ponerse en contacto conmigo durante el proceso de escritura de una novela. A mi familia la veía esporádicamente y siempre por algún motivo concreto, nunca nos llamábamos para charlar un rato ni preguntarnos qué tal estábamos. Y, a decir verdad, amigos tenía pocos. Fue entonces cuando descubrí que la mayoría de ellos eran en realidad amigos de Tomàs, no míos. Núria, la vecina de enfrente, que tal vez fuera la única persona que podía detectar que algo no iba bien, porque yo no había salido de casa en todo ese tiempo, estaba obviamente al corriente de la situación y no le apetecía nada llamar a mi puerta para ver qué tal me encontraba.

Por lo tanto, yo era prescindible para todo el mundo y me había quedado sin lo único que era im-

prescindible para mí. Me arrepentía amargamente de haber basado mi felicidad en su amor. Me dolía haberle dedicado tanto afecto y tanta energía, el esfuerzo que había hecho para amoldarme a sus necesidades, haber renunciado a mi entorno afectivo y a mis deseos personales. Y lo peor de todo era que estaba convencida de que lo había hecho por iniciativa propia, no me parecía que Tomàs lo hubiera fomentado ni me lo hubiera impuesto. Era como una autocondena, una autoanulación que al final resultaba completamente inútil. Estaba totalmente devastada.

Pasaron tres semanas y no escribí ni un renglón de la novela que tenía a medias. Eran las seis de la mañana de un día cualquiera. Me había despertado muy temprano, pero me había quedado en la cama, incapaz de encontrar un motivo para levantarme. Sonó el teléfono con tal estridencia que me dio dolor de cabeza al instante. Mientras lo buscaba entre las almohadas caí en la cuenta de que no me había llamado nadie en esas tres semanas. Era mi hermano Ignasi. Me dijo que papá había muerto.